

INFANTIL

---



© Del texto: 2012, MARGARITA LUCIANO LÓPEZ

© De esta edición:

2014, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,  
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,  
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,  
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-619-1

Impreso en Colombia

Ilustraciones de MARITZA MIARI GUTIÉRREZ

Primera edición: febrero de 2014

Tercera reimpresión: marzo de 2019

Cuarta reimpresión: mayo de 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# El Patio Encantado

Margarita Luciano López

Ilustraciones de Maritza Miari Gutiérrez





*A los niños de hoy, que mañana serán adultos  
y gozarán con sus hijos, practicando juegos  
tradicionales infantiles, que los llenarán por dentro  
y les harán conocer el regalo más hermoso  
de nuestra cultura y folclor tradicional.*

*A los niños que no han jugado estos juegos, para que  
La Maga de los Juegos de los Niños los rocíe con sus  
gotas de esperanza y les permita conocer su encanto.*

*A mi madre Dilia López, por acompañarnos en el  
disfrute y creatividad de los juegos practicados  
en el Patio Encantado de nuestra casa.*





# Índice



¡Te pasaste de la raya!.....	11
Veinticinco y un tapón .....	23
Uva, pera, manzana y arroz, jugando mucho me canso yo.....	33
Un “gallito” lajió el fufá, conozcamos otros juegos más.....	43
¡Cantéate! que Mano tira la chata y en burbujas se alza .....	51
El patio de mi casa .....	57
Ambos a dos que Mambrú ya llegó .....	65
Un trompo embollao y una vaca lechera.....	75
Un-dos-tres-pisá-colá, la gallinita ciega y tres juegos más.....	83
Tun, tun, ¿quién es? A jugar en las patronales ya llegué .....	89
¡La solté en banda!.....	95
¡Una yagua cuesta abajo! .....	103
Epílogo.....	109
Glosario.....	113







## ¡Te pasaste de la raya!



Aquella fría mañana de enero La Pova se despertó temprano. Se aseó, se peinó su alborotado pajón, desayunó, se puso su uniforme escolar, un abrigo y unas medias de lana. Colocó sus libros en su bulto, elaborado con un saco de azúcar Papagayo, y sin que nadie se hubiese levantado en su hogar, se dirigió a la casa de su tía Dilia y de sus primos y amigos más queridos. Estaba interesada en llegar temprano; de eso no había dudas. Caminó por las calles solitarias, con cierto miedo, aunque segura de que llegaría a su destino.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? —preguntó su tía, cuando prendía la cuaba en la cocina, para encender el anafe y preparar el desayuno de sus hijos, que recién comenzaban a levantarse.

—Sión tía —saludó.

—Dios te bendiga, mi hija —respondió. La besó y la abrazó, como siempre lo hacía.

—Vine a cuadrar el juego de esta tarde. ¡Sé que será genial! —Estaba entusiasmada.

La niña miró hacia el patio y su cara se iluminó. Sonrió y fijó la mirada en el columpio colgado en

una mata de mango, que inexplicablemente comenzó a moverse. Una joven y bella mujer, cuya mirada se cruzó con la suya, se mecía despacio. De repente se escuchó la canción “Golondrina”, cantada por Miguel Aceves Mejía, un cantante mexicano de moda:

Volverás  
golondrina de ojos verdes  
que te vas cruzando el mar.  
Volverás  
porque sabes que te quiero  
y no te puedo olvidar.  
Y al llegar  
a otras playas más lejanas  
tú mi amor recordarás  
y verás la esmeralda de tus ojos  
a otras tierras salpicar.  
Volverás  
a buscar calor del nido  
que dejaste en el olvido  
nuevamente volverás.  
Y verás  
cuando sientas el hastío  
de otras playas volverás.  
Volverás  
a buscar calor del nido...

—¡Es magia! Con frecuencia veo a mamá en este patio —comentó la niña. La imaginó alegre, disfrutando de su gozo, de sus triunfos en el juego de bellugas, de sus travesuras y rebuses, cuando no la dejaban jugar; de sus escándalos si triunfaba, de sus robos de

bellugas, cuando hacía “la coca”, y de sus huidas si la situación se apretaba.

Un instante después la canción se silenció, la mujer se desvaneció...

—¿Oíste la canción? —dijo la tía y juntas, comenzaron a cantarla. Terminaron abrazadas y sonrientes, como otras veces. La Pova veía en su tía la sustituta de su madre. A veces quería quedarse a vivir con ella, pero no podía dejar sola a su abuela, a quien también amaba y agradecía el cariño que le brindaba.

La niña pensó en el anhelo de Navidad que la acompañaba en sus diez años: volver a ver a su madre que se había marchado a tierras lejanas, “en búsqueda de mejor vida”. Así se lo decía su abuela.

“¿De mejor vida?”, se preguntaba. Para su alma infantil nada era peor que soñar con su madre y no poder verla, sentirla, tocarla, olerla. Ella solo existía en su imaginación, alimentada por fotografías y cartas que cada vez eran menos frecuentes, sin que recibiera una respuesta a sus constantes interrogantes: por qué su madre se fue, por qué no había vuelto, dónde vivía y cuándo regresaría.

Se fue a la escuela abrazada de su primo lejano Quique, su enllave, con quien formaba equipo, por su buena puntería en el juego de bellugas, que siempre compartían y por un no sé qué especial que los unía. No sabían explicarlo, pero lo sentían cuando el juego llegaba a su punto más caliente. Camino a la escuela, en medio de una neblina que no acababa de esfumarse, planificaron qué harían para ganar en el juego de esa tarde. Como siempre, se desarrollaría en el patio de la tía, el lugar más querido por los niños de San José de las Matas.

El día en la escuela pasó rápido y La Pova se comportó tan bien que sorprendió a todos. Realizó con rapidez los trabajos, no peleó en recreo, en recesos ni a la salida, no arrebató turnos ni armó rebuses en los juegos. En la clase, levantó la mano tan modosita, que la maestra se preguntó si estaría enferma. Se esforzaba por cumplir el pacto acordado con su tía, como promesa de Navidad, para lograr traer de vuelta a su madre.

“Lo que mucho se cuenta no se logra jamás”, le decía doña Dilia para alentarla a guardar el secreto compartido por ambas. Lograr el propósito de su vida, traer de vuelta a su madre, valía todos los sacrificios imaginables.

Temprano en la tarde, poco después de comer, la brisa aún soplaba fuerte y el desfile parecía interminable: Mano Larga, La Chona, El Buquí, Pichicha, Titina, El Cano, El Piquita, Sergio, Mayuli, Víctor, La Potota, Paula, Mundo, Pocha, El Buche, Pancho, Margot, Bautista, Chelo, El Buchú, Nano, Eunice, Mayo, Caco, La Chuncha y muchos más... Todo el combo de jugadores se presentó al patio de la tía. Hasta El Mudo, que sabía las reglas del juego, se apareció haciendo señas, preguntando cuándo empezarían.

La que más tarde llegó fue La Cojita, sentada en su silla de ruedas fabricada por su tío Ovidio, carpintero de oficio. Allí había ido a parar después de sufrir un accidente que le impidió caminar por algún tiempo. Se llamaba Alma, pero ella decidió que la llamaran La Cojita, papel que representaba en los juegos de los recreos escolares.

—¡Esperen a que mis hijos terminen sus tareas!  
—dijo, autoritaria, la tía Dilia. Así lo hicieron Quique,

Johnny, Mecho, Pochocho, los Mellizos, Margarita y Olga.

El grupo inició las prácticas, bolones en manos, esperando completar los dos equipos que medían su puntería en el esperado juego de bellugas.

—Mundo trajo bellugas mágicas como las de Peter Pan. Vinieron del reino de Nunca Jamás —comentó Vicente.

—La Chona trajo canicas de su abuelo. Él las guardaba como un tesoro por toda la suerte que le dieron. En su tiempo era campeón y ganaba muuuchas bellugas. ¡Tenía una puntería! —comentó Pichicha.

—La Pova tiene bolones de los más grandes. Reflejan luces de todos colores. Dicen que atraen las bellugas con un imán —señaló Margot.

—Las bellugas de Quique parecen mágicas. Son transparentes y azuliitas como ei agua dei mai —se le oyó decir a Víctor.

—¿Y cuándo habrá visto él la mai? —le secretó El Bucle a Pancho y los dos se retorcieron de la risa. Sabían que Víctor no se había dado un viajecito ni a Santiago, mucho menos a “la Capitai” o a alguna playa.

Alardear sobre el valor de las bellugas y bolones era parte del ritual antes de iniciar el juego. Los equipos medían su poder y se enviaban veladas amenazas sobre qué eran capaces de hacer.

—Los mejores pleitos no se ganan con la boca, —dijo Olga, haciendo alusión a los agujeros escuchados.

—¿Ya trazaron el ron? —preguntó Quique. Había terminado sus tareas y estaba listo para jugar.

Sacó una funda de cenizas del bolsillo derecho y, siguiendo un ritual propio de veteranos, roció la orilla del círculo trazado en el centro del patio para jugar bellugas.

—Quedó como el halo de un ángel —se oyó decir a alguien.

Cuando todos los primos terminaron sus deberes escolares, Johnny trajo más cenizas y roció la raya, situada a varios metros del ron. Los Mellizos sacaron cenizas de sus bolsillos y marcaron las dos rayitas perpendiculares, en los extremos de la raya larga. Desde allí, según las reglas del juego, se lanzaban los bolones, arrastrados por tierra, en dirección al ron. Se lanzaban con el dedo pulgar, impulsado por el índice. Otros bolones se disparaban por vía aérea cuando se jugaba un “ponte”. Quienes deseaban participar lanzaban un bolón contra otro, tratando de chocarlo. Quien lo lograba, se ganaba ese bolón y otros que se apostaban. Así aumentaba su botín.

El plan del juego era sacar del ron la mayor cantidad de bellugas para ganar el desafío.

Los dos equipos se conformaron: Los Pintos y Los Moñuses. Los jueces se eligieron: Labo y Pipi, dos primos visitantes de Santiago, reconocidos expertos jugadores.

—¡Cuidense de Mano Larga, que donde pone el ojo, pone el bolón! —decían Los Pintos, temerosos de ser vencidos por la muchacha de brazos largos, que era el azote del juego. Tiraba bolones terrestres y aéreos muy certeros, haciendo ganar a su equipo todas las bellugas puestas a jugar y cantidad de bolones, cuando jugaban al ponte.



—¡Vigilen a Mundo y a La Chona, que pueden dar una sorpresa! —dijeron los del equipo contrario.

¡Chas, chas, chas, chas!, sonaban los bolones embistiendo las bellugas que salían disparadas del ron, torpedeadas por otras.

—¡Te pasaste de la raya! —advirtió uno de los jueces cuando El Buchú se disponía a lanzar su bolón. No valieron protestas. Violentó una de las reglas de oro del juego y perdió su apreciado turno.

—¿Cuánto a cuánto va el juego? —gritó El Cano. Los jueces confrontaron anotaciones y comprobaron que coincidían. Anotaban cada vez que se sacaba una belluga del ron. Para cumplir las reglas, no respondieron la pregunta.

—¿Paula está por aquí? —preguntó una voz masculina. Un celaje se observó pasar. La niña abandonó el juego y corrió hacia La Viruta, una montaña de aserrín que se encontraba detrás de la casa y les servía de tobogán y, a veces, de refugio para esconderse.

—Hola Antonio. Recuerda que es una niña y debe jugar —saludó la tía Dilia, antes que el padre persiguiera a la hija desobediente.

—Tienes razón —contestó, y se dispuso a conversar con su prima, hasta que la niña, cabizbaja, le pidió que la perdonara. El padre le dio un abrazo, un beso y la perdonó, como tantas veces lo había hecho. Ella, contenta, le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—¡Se robó el ron! —voceó La Pova. El Zurdo cargó con las bellugas y se las metió en un bolsillo. Cuando intentó huir se encontró con una muralla humana de niños jugadores que defendían su tesoro. Lo obligaron a devolverlas y lo castigaron tirándole vein-



te bellugas a los nudillos de los puños e impidiéndole jugar por tres meses.

El juego se prolongó por largo rato. La ansiedad y la adrenalina se reflejaban en las caras y los jugadores se esforzaban por mejorar su puntería. La Cojita hizo una jugada genial. Desde su silla, situada detrás de la raya, tiró un bolón, sacando fuera del ron tal cantidad de bellugas que sorprendió a todos por su puntería.

Se escuchó un repiqueteo de bellugas empujadas fuera del ron: Ssssssssssh... ¡Chas, chas, chas, chas, requetepé! ¡Chas, chas, tac, tic! Un bolón impulsado por La Pova se deslizó por el patio, penetró en el ron y de un solo tiro, sacó fuera todas las bellugas.

—¡Se acabó! —anunciaron los jueces e iniciaron el conteo.

—¡Ganamos! —gritó La Pova, al escuchar los resultados. El equipo entero formó un círculo, tomándose de los brazos y gritando:

—¡A la bio, a la bao, a la bin, bon va, Los Moñuses, Los Moñuses, ra, ra ra!

Al final lanzaron hacia arriba agua y cenizas y se bañaron, en un ritual de la buena suerte, inventado para celebrar sus triunfos.

La respuesta no tardó en llegar:

—¡A la bio, a la bao, a la bin, bon va, Los Pintos, Los Pintos, ganarán y a Los Moñuses, a Los Moñuses, vencerán!

La revancha no se hizo esperar y esa misma tarde se desarrolló otro partido, ganado nuevamente por Los Moñuses. De boca en boca se comentaba el juego de Mano Larga, que lanzó bolones terrestres sacando

bellugas sin compasión, y el del dueño de las bellugas azuliiitas, con las que chocaba a las demás.

La Pova, Mano Larga y Quique fueron cargados en brazos por todos los miembros de su equipo y paseados por el inmenso patio entre gritos de triunfo. La Cojita también fue aclamada por su jugada, pero en lugar de cargarla, la colmaron de abrazos.

A petición de Los Pintos, los jueces revisaron las bellugas de La Pova y Quique. También los brazos de Mano Larga. Comprobaron que todo estaba normal. Los Moñuses pidieron revisar las bellugas de La Chona y Mundo, solo para darle una lección al equipo contrario. El Cano y Margot comentaban entre sí:

—Esos infelicitos que no sueñen con ganarnos, que les será difícil. No saben las horas de práctica que nos tomó vencerlos, pero hay que decirles que nos resultó fácil, ¡ja, ja, ja! Uno nunca deja ver el fondo de la lata.

—El perdió siempre se justifica —comentó La Pova. Hizo gestos desagradables y puso los dedos de la mano en forma de V, haciendo la señal de victoria, con expresión de burla, pero cambió de actitud al sentir la mirada de reproche de la tía Dilia y recordó la promesa hecha al iniciar el año. Se despidió de todos como una “niña decente”, tal como le enseñó su tía, y se marchó a su casa contenta.

—Averigüemos qué hacen para tener tanta suerte y ganar. Hay algo raro en Los Moñuses. Encontraremos qué es —dijeron Los Pintos—. En el próximo juego les haremos la coca, sacaremos las bellugas del ron y nos las llevaremos todas.

—¡No lo hagan!, miren lo que le pasó a El Zurdo. Ahora no puede jugar —exclamó El Jori.

Se marcharon a sus casas tristes y cabizbajos, pero con la esperanza en alto, confiando ganar en la próxima ocasión.

Terminado el juego y la emoción, La Cojita observó admirada las huellas dejadas en el patio. Se encontraban, superponían, atravesaban y formaban figuras fascinantes. Siguió las suyas, o mejor dicho, las de las ruedas de su silla, y las de los pies y zapatos de los muchachos.

—¡Nada igual a este patio! Siempre vendré aquí, a gozar. En silla de ruedas o a pie, me divertiré de lo lindo.